

Mientras labran los sillares

Toda crítica, aun la más impersonal,
aun la más objetiva, es una impresión.

AZORÍN

NO DOGMATICEMOS

Las siguientes líneas son apuntes sacados de nuestro cuaderno de viaje, escritos en el tren, en una vieja iglesia, en la plazoleta soleada de una ciudad castellana, en lo alto de un alcor desde el que se dominan las casas centenarias de un pueblo muerto... No tienen ninguna pretensión crítica; redactadas al azar para satisfacción propia, empiezan a publicarse hoy día por si pueden ayudar a romper este constante silencio que aquí envuelve a nuestro arte, sileño turbado entre nosotros, los profesionales, muy de tarde en tarde por alguna solitaria voz, y absoluto, total, en lo que al público y a la crítica se refiere.

No tratamos en estas impresiones de marcar un camino, de señalar una tendencia y declarar equivocadas las innumerables restantes. Nada más extraño a nuestro espíritu que un antipático y limitado dogmatismo: todas las tendencias, todos los caminos parécennos buenos si se siguen con sinceridad, entusiasmo y, sobre todo, con alguna idealidad. Nuestra impericia para expresar fielmente lo que pensamos, puede ser causa de que parezcan un poco esquemáticos y cortantes los siguientes comentarios; el lector sabrá rodearlos de los innumerables matices que presta la vida a todo lo que ella va laborando, quitándoles lo que puedan tener de seco y absoluto.

LA CRÍTICA. ES TARDE YA

No existe la crítica arquitectónica en nuestro país. Se escribe y se discute sobre pintura y escultura modernas; poquísimas veces se desliza, solapadamente, en un periódico, en una revista, algún juicio tímido sobre un arquitecto o un edificio contemporáneos. Asiste la gente a la construcción de éstos desde sus comienzos y día por día va viendo cómo se hacen los cimientos, se levantan las fábricas, se cubren sus aguas. Lo cotidiano del espectáculo es causa probablemente de la poca atención que se le presta. Y ninguno de más importancia para la cultura artística del pueblo. Rodéase cada cual de las reproducciones de las obras pictóricas preferidas; cuando desea, va a los museos a contemplar los cuadros que gusta; con la escultu-

ra, aunque en bastante menor grado, ocurre lo mismo, y aun las obras que nos es forzoso ver todos los días, como los monumentos públicos, dadas las dimensiones de la mayoría de ellos, siempre nos queda la esperanza de un próximo traslado a sitio que no tengamos que frecuentar.

En cambio, durante muchas generaciones, inevitablemente, contemplaremos varias veces al día los edificios que nos rodean, y si en ellos pusimos algo de arte, si hemos conseguido que sean armónicos, crearán alrededor nuestro, en la ciudad en que vivimos, un ambiente refinado de arte, y su contemplación será una constante educación artística para las gentes.

Pero, además —pensemos en el porvenir— estos edificios que ahora levantamos serán el día de mañana, con todas las restantes manifestaciones de nuestro espíritu, testigos del momento presente y datos que ayuden a enjuiciar una época y un momento social.

Trabajemos siempre con ánimo levantado pensado en ese juicio de las generaciones venideras y tratemos de legarlas un vasto patrimonio de ideas arquitectónicas y un rumbo que seguir para llegar a un futuro período de renacimiento. Es tarde ya, mucho el camino por andar, y nosotros no podremos verle, pero sí prepararle trabajando tenaz, ardiente y sinceramente.

EL SIGLO XIX

Fáltanos aun el alejamiento necesario para juzgar la obra del siglo XIX en nuestro país; pero en lo que a la arquitectura se refiere, parécenos pobre y escasa.

Perdióse durante él la regular evolución de los estilos y la relativa unidad de dirección en las obras de un mismo período y pueblo. No supo, ni inspirándose en la tradición continuarla, ni aportando tendencias de fuera vivificar su marcha. Verdad es que los tiempos, pobres en todos conceptos y de intensa decadencia, no se prestaban mucho a grandes creaciones arquitectónicas. Mas bien su labor fue destructiva y la lista de monumentos de importancia desaparecidos en esos años sería interminable. Solamente la desamortización nos privó de gran número de ellos, interesantísimos para la historia de nuestra arquitectura.

El movimiento romántico no ejerció influjo alguno en la arquitectura contemporánea y sí sólo en la historia monumental, cuyo estudio adquirió grande y provechoso impulso merced a los trabajos de arquitectos, arqueólogos y dibujantes tan atractivos como Villamil, Bécquer y Parcerisa.

Los últimos años del siglo fueron más fecundos. Comenzóse en ellos a hacer una labor seria, bajo la influencia francesa casi siempre, llegada a nuestro país con gran retraso a través de las láminas grabadas de la Revista de Arquitectura de César Daly, entonces en poder de todos los profesionales. Viollet-le-Duc al mismo tiempo, con sus libros tan enormemente sugestivos y por ello tan peligrosos, influía en nuestros arquitectos. Predicábase una construcción terriblemente razonadora. Cada elemento debía desempeñar

su correspondiente función y cada material tenía su técnica, salirse de la cual era gran delito. La estructura debía forzosamente acusarse. Lo malo es que en la realidad, diariamente, había que faltar a todos estos principios tan simplistas al parecer en su enunciado.

Llegamos a los últimos años. Publicaciones de todas clases e innumerables revistas de todos los países, ponen en contacto a nuestros arquitectos con el gran movimiento que en su arte se realiza en el mundo entero. Al mismo tiempo, cultívanse por algunos profesionales, solicitados por una burguesía completamente inculta artísticamente, estilos extraños a nuestra tierra, y, lo que es peor, sin valor alguno en su interpretación contemporánea. Gracias al esfuerzo de unos pocos comienzan a conocerse a fondo los edificios levantados por la arquitectura española en los siglos pasados, y como consecuencia de ello, bajo el influjo también de un nacionalismo artístico que adquiere gran predicamento por todas partes, surge un movimiento casticista y empieza a hablarse de un *estilo español*.

EL ESTILO ESPAÑOL

Varios años lleva el vulgo culto y bastantes profesionales hablando de él y todavía no sabemos lo que quiere decirse con esas palabras. ¿Refiérense al estilo mudéjar, al arte del renacimiento, a la arquitectura herreriana, al barroquismo? Únicamente la audaz ignorancia puede emplear ese término, creyendo tal vez que en el transcurso de nuestra historia no ha existido más que una sola evolución artística y que ésta ha sido uniforme en todas las comarcas españolas.

En nombre de ese falso y desgraciado casticismo, se nos quiso imponer el *pastiche*, y fijándose en las formas más exteriores de algunos edificios de esas épocas, se las trasladó a nuestras modernas construcciones, creyendo así proseguir la interrumpida tradición arquitectónica de la raza. Y no pensaban los propagandistas de esta tendencia en que, según ella, el casticismo consistía en imitar a los arquitectos de hace unos siglos, los cuales indudablemente no fueron castizos, pues no imitaron a sus antecesores. Si ese casticismo se hubiera cultivado desde los comienzos de la historia, aun seguiríamos viviendo en cuevas y abrigos naturales.

La ignorancia también impedía ver a algunos *casticistas* que casi todos los movimientos desarrollados en la historia arquitectónica de España, lo fueron en virtud de influencias exteriores, necesarias siempre para un fecundo renacimiento, y condicionadas luego por un fuerte acento con el que se las va asimilando nuestra raza. El horror de los *casticistas* a todo lo que fuera exótico, suponía, además de estrechez de espíritu, falta de fe en esa fuerte individualidad española capaz de moldear a su manera cualquier tendencia, por extraña que fuere.

EL VERDADERO CASTICISMO

Al lado de este falso casticismo, que ignora la evolución de nuestra arquitectura —el conocimiento implica respeto— y sólo conoce unas pocas láminas de algunos de sus monumentos, hay otro vital y profundo que desdén lo episódico de una arquitectura para ir a su entraña, y que fiado en su personalidad, no teme el contacto con el arte extranjero, que puede fecundarle.

Propaguemos este sano casticismo abierto a todas las influencias; estudiando la arquitectura de nuestro país, recorriendo sus ciudades, pueblos y campos, analizando, midiendo, dibujando los viejos edificios de todos los tiempos, no sólo los monumentales y más ricos, sino también, y tal vez con preferencia, los modestísimos que constituyen esa arquitectura cotidiana, popular y anónima, en cuyas formas se va perpetuando una secular tradición, y en la que podremos percibir mejor el espíritu constructivo de nuestra raza. Y después de esto, si tenemos la sensibilidad necesaria para habernos asimilado consciente o inconscientemente, no las formas externas que constituyen lo que más varía en arquitectura, como la decoración y la molduración, por ejemplo, sino las proporciones, la relación de masas y volúmenes, el reparto de la decoración, etc., es decir, su esencia, entonces estaremos en condiciones de continuar una tradición y ser *casticistas*.

Cuando llegue el momento de «proyectar», el arquitecto así preparado, indudable, seguramente, no pondrá delante de su tablero fotografías y dibujos del Palacio de Monterrey, de la Universidad de Alcalá, de los caseríos vascos o de las torres mudéjares de Toledo, y modernizando ligeramente detalles de esos edificios, los trasladará al papel y creará así —modestamente— contribuir al resurgimiento de la arquitectura nacional. Sabrá que los pináculos de Monterrey y su galería, aislados, son caracteres episódicos, y que la esencia de ese edificio está en sus proporciones, en el contraste entre los grandes lienzos de sillería desnudos, sin ventanas ni decoración alguna, los balcones y el tema seguido de la galería alta: sabrá asimismo que algo análogo ocurre en la fachada de Alcalá, que las torres mudéjares de Toledo forman un conjunto inseparable con sus iglesias y tienen unas proporciones unidas ya indisolublemente a sus formas; que el arco de herradura es absurdo emplearle en construcciones contemporáneas, y repugna a nuestra moderna sensibilidad en obras nuevas. Todo edificio forma un conjunto inseparable con la atmósfera que le rodea en el tiempo y en el espacio: luz, construcciones inmediatas, historia, perspectiva, juicios que ha merecido, etc., etc.

El arquitecto conocedor de la esencia de nuestra arquitectura, repetimos, no necesitará fotografías y dibujos de sus monumentos para proyectar. Cuando coja el lápiz no recordará este detalle de Sevilla o aquel otro de Gualadajara, sino que inevitable, fatalmente, si dada su formación es un verdadero artista, sabrá traducir en formas modernas el espíritu tradicional de la arquitectura española.

MUY ANTIGUA Y MUY MODERNA

Muy antigua y muy moderna, sí. Muy antigua en cuanto que la arquitectura es un arte social de evolución lenta, y cada raza, cada pueblo, ha ido moldeándola durante centenares de años, según su peculiar espíritu. Muy moderna también: no cultivemos un arte de recuerdos, frío, sin alma, tratando de dar vida a un pasado irremediamente muerto en nombre de un falso casticismo. Seamos de nuestro tiempo; no cerremos el espíritu a ninguna manifestación de arte, por exótica que sea; tal vez pueda fecundar de nuevo, a pesar de su exotismo, la tradición. Acojamos cordialmente las nuevas formas, y huyendo de toda afectación, lo peor en arte, tratemos de expresar la vida plena y totalmente, la vida formada por los sedimentos del pasado y las nuevas aportaciones de un presente en constante transformación.

«Vivamos, apasionada y libremente, nuestro tiempo.»

LEOPOLDO TORRES BALBÁS
Arquitecto

Cuenca. Junio de 1918.

Arquitectura.
Junio, 1918